

Luis Rodríguez Araya¹

La narrativa argentina post-Malvinas: la construcción de la memoria

Universidad de Chile

luisrodriguezaraya@yahoo.es

*Somos de la rebelde juventud argentina,
que peleó en Buenos Aires y murió en las Malvinas.*

Cántico de la barra del club de fútbol Boca Juniors

*–¿Querés decir que la memoria depende de los que mandan,
o de lo que te mandan los que mandan? –pregunté.*

–Sí, ahí era así.

–¿Y aquí? –le pregunté.

Rodolfo Fogwill, *Los pichiciegos*

Introducción

El crítico argentino David Viñas señaló en alguna oportunidad que una literatura nacional tiene núcleos traumáticos que retornan; a veces se expresan en manchas temáticas que arman series de obras, entrelazan épocas y se refieren a combates, secretos, deseos y terrores de una sociedad. El caso de la narrativa trasandina posterior a la Guerra de las Malvinas confirma esa reflexión, ya

¹ Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica, con Mención en Literatura; Magíster en Literatura, con Mención en Literatura Hispanoamericana y Chilena, y estudiante del Programa de Doctorado en Literatura, con igual mención, por la Universidad de Chile.

que el corpus de obras que dan cuenta –ficcional o semi-ficcionalmente– de lo ocurrido durante y con posterioridad a los acontecimientos, aborda no solo los hechos *in situ*, sino que también las repercusiones íntimas y sociales. Además, da cuenta de cómo el conflicto va poniendo en perspectiva la historia reciente argentina y tensionando, de forma directa, los conceptos de identidad nacional, soberanía nacional y construcción del imaginario patrio. Este corpus incluye, entre otros textos, la novela *Los pichiciegos*, de Rodolfo Fogwill, y los cuentos “El misil”, “La casa de John” y “Darwin”, de Eduardo Belgrano Rawson, aparecidos en el suplemento especial “La guerra y la paz”, publicado por el diario bonaerense *El Clarín* con motivo de la conmemoración de los 25 años del inicio de la guerra, relatos que fueron resultado de un trabajo conjunto entre el escritor y Eduardo Longoni, fotógrafo del medio.

Ambas obras son interesantes por varios aspectos puntuales, sobre todo por un hecho que sobrepasa la calidad literaria: la figura autorial está presente, de manera comprobable, en el resultado del proceso escritural. En la novela de Fogwill –que trata sobre cómo un soldado sobreviviente, desertor del Ejército argentino, relata sus vivencias a un escritor-transcriptor que prepara un libro sobre las secuelas del conflicto–, dicho transcriptor es al autor real, pues las alusiones a aspectos y elementos de su actividad literaria son explícitas. En el caso de los cuentos de Belgrano Rawson, se produce el hecho de que las fotografías que acompañaron las entrevistas y el trabajo periodístico realizado por este, forman parte de un suplemento especial que contiene los textos, por lo cual la referencia de lo real presente en ellos es patente para el lector, convirtiendo la creatividad literaria, base de la actividad escritural, en una labor recopilatoria de voces distintas de las del autor; es decir, la obra se nutre de las narraciones (verbales y visuales) de terceros.

Asimismo, cabe resaltar que tanto la novela como los cuentos abordan el conflicto desde la perspectiva de sujetos que tuvieron una participación atípica en el conflicto (entendiendo que un hecho armado corresponde a una contraposición de identidades): un desertor, un traficante de armas, un malvinero y un soldado fallecido, voz narradora que se localiza desde un silencio provocado, justamente, por la guerra.

Esto nos lleva a reflexionar acerca de la verdadera naturaleza de los textos literarios que surgen a partir de una temática particular como una guerra, ya que el carácter *friccional* de sus contenidos pareciera llevar –intencionalmente– los límites de lo ficcional a un plano particular de recepción. Nos aventuramos a pensar que detrás de esta intención autorial subyace la necesidad de evidenciar una búsqueda por lograr testimoniar lo ocurrido desde una perspectiva diferente de la que se logra –y de un efecto, por cierto, distinto– a través de un texto abiertamente testimonial o de un texto histórico. La naturaleza de la literatura, en cuanto arte, además permitiría dotar de una resignificación el contenido lingüístico, ya que no habría que regirse por lo ocurrido en términos tangibles directos, sino que al alterar la construcción y la perspectiva de los hechos, se logra crear una voz *otra* que da cuenta de lo sucedido. En definitiva, la riqueza de este pequeño corpus de obras radica en que la mediatización del plano fictivo por esta intervención autorial les otorga una perspectiva distinta de enunciación de la narrativa, pero, a la vez, diferente del discurso historiográfico y/o testimonial, por lo cual los textos estarían en una dialéctica friccional constante que dificulta su clasificación.

Desarrollo

Como se mencionó en un inicio, una de las características que les brindan una condición especial a estos textos es la insoslayable marca autorial que trasuntan. Sin embargo, y si bien hay que considerar que ambas presencias son producto de procedimientos literarios y discursivos manejados desde la enunciación, también se debe separar el efecto que dicho proceso (o procesos) busca lograr tanto en el plano textual como en el plano de la recepción.

La obra de Fogwill, de hecho, y como se señaló, tiene un contexto de producción bastante particular: escrita en las postrimerías de la Guerra de las Malvinas, la novela se fue erigiendo, con la perspectiva que entrega el tiempo, en un documento (casi como si su carácter ficcional fuese sobrepasado por esto) de inestimable valor para entender los efectos inmediatos del conflicto en la sociedad argentina. A esto se suma el hecho de que el plano fictivo evidencia el simulacro de la

escritura testimonial, en cuanto la trama aborda la elaboración de un libro que tratará sobre las vivencias de un sobreviviente desertor del Ejército argentino por un escritor que corresponde, por las marcas textuales, a Fogwill mismo. Pero ¿qué se pretende con esta ficcionalización del sujeto de la enunciación? ¿Qué se busca con este proceso de verosimilización que difumina los límites tradicionales de la narrativa y, por ende, crea intersticios en la capacidad de asimilación del mundo narrado por parte del lector tradicional? Creemos que el despliegue de mecanismos narrativos que manifiestan el cambio de perspectiva y, a la vez, de narrador, de un omnisciente a uno testigo –de acuerdo con la nomenclatura tradicional– logra un efecto impensado: *desliteraturizar* el contenido y llevar al texto hacia un plano otro, debido a que en la narración se manifiesta un diálogo que produce la ruptura y la aparición de un “yo” que, pese a la focalización inherente a este uso verbal, no continúa el relato de la diégesis desde la narración de un protagonista. Es más, pareciera que este diálogo sirve exclusivamente para ratificar el enmarque del resto de la narración:

–¿Y vos, Quiquito, creés que yo creo esto que me contás? –le pregunté.

–Vos anotalo que para eso servís. Anotá, pensá bien, después sacá tus conclusiones –me dijo. Y yo seguí anotando. (82).

A partir de este punto, la ficción se fractura y esa voz autorial que tiende a “morir”, en términos foucaultianos, pues debiera independizarse lo ficcional de lo real, tiende a religarse en un efecto distinto. Cabe, pues, la reflexión acerca de la naturaleza del texto al cual se accede, al tiempo que las marcas textuales se hacen cada vez más reiteradas y evidentes:

–La mina del paraguas, ésa, me regaló mil palos ayer. Le di tu libro.

–¿Cuál?

–El que me diste, ese de las canciones japonesas. Lo hojeó y le gustó, me lo pidió para leer. ¿Tenés otro?

–No –grabó mi voz–, el editor, Pedesky, es un miserable, no me da ejemplares, tendría que ir yo a comprar. ¿Querés que te consiga otro?

–No, ya lo leí. Me gustaría leer éste. ¿Cuándo le vas a poner nombre?

–No sé. A fin de año, o el año que viene, cuando lo acabe ...

–Debe ser muy aburrido escribir –comentó.

–Sí, más o menos. Como todo.

–Si vos volvieras a nacer, qué serías. ¿Harías igual?

–Sí ... –grabó mi voz–, todo igual...

Después, recuerdo que dudé. (143-144).

Asimismo, se asiste al desarrollo de un ejercicio escritural complejo, que además de plantear una esencia “otra” para un texto, activa dispositivos que permiten realizar un *simulacro* del proceso de producción textual: desde la narración de “Quiquito”, el sobreviviente-desertor, pasando por la grabación del relato, hasta el proceso de “descasetar”, es decir, transcribir lo narrado (actividad, por su metafórica capacidad para dar voz al que no tiene, compleja y polémica, desde el ámbito del discurso), está simulando el proceso mismo de creación literaria, pero proponiendo una problemática interesante: ¿qué tal si, para escribir esta novela, Fogwill realmente haya tenido que recurrir a un sobreviviente que le contara lo ocurrido en las Malvinas y que le plantease la existencia de un grupo de “pichiciegos” que vivían en las condiciones señaladas? Entonces, Fogwill no habría estado ejerciendo una actividad literaria, sino que de recopilador; y siguiendo en el espectro de las especulaciones exageradas, ¿quién nos dice si el discurso oficial postguerra cayó la voz de un grupo de desertores como este? La verdad es que, parafraseando a Spivak, correspondería a entregar voz y oficializar la existencia del que es silenciado, el “sin voz”; pero aun así, la novela plantea una segunda arista: la “replicación” de lo extratextual en lo textual, esto es, el procedimiento real de transcripción testimonial en una novela que va adquiriendo un carácter semi-testimonial al incluir elementos extratextuales en el plano de la ficción. Ejercicio complejo a todas luces, pues en esta replicación de elementos y de procedimientos y en este “tránsito” autorial desde el afuera al adentro radica el valor de la novela en cuanto, también, documento: vale por la inmediatez de su producción y lo que eso conlleva

para la historiografía literaria argentina, a la vez que por su condición de *opera prima* en el corpus de textos literarios sobre la guerra, y vale por su valor friccional, esto es, por su capacidad para deconstruir lo literario y lo testimonial y fusionar ambas perspectivas en un trabajo de “simulacro” escritural que deviene ejercicio escritural y de “creación” (en todo lo amplio del término) de una memoria acerca del conflicto.

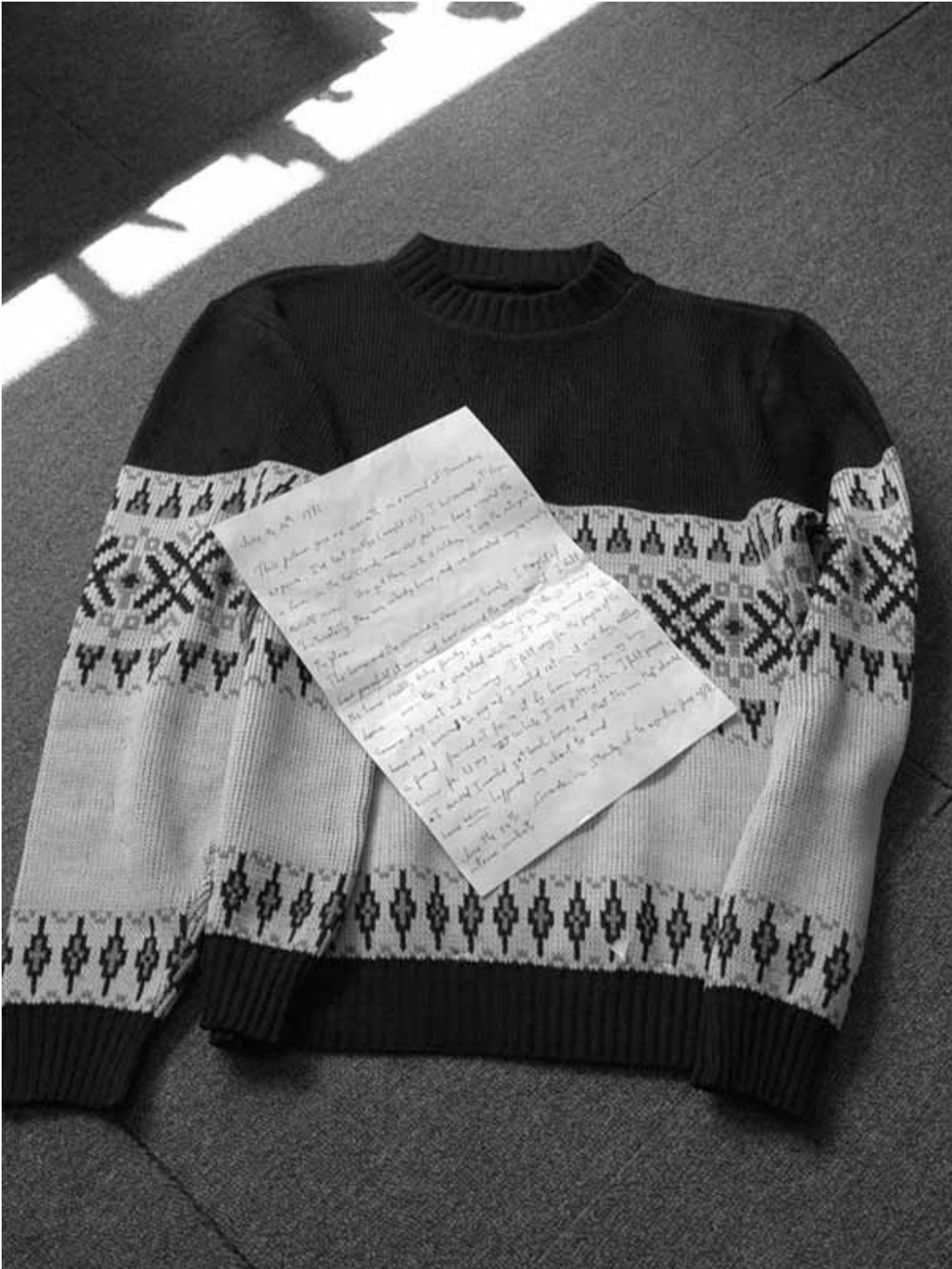
Por otra parte, y en otro derrotero del procedimiento de inclusión de la figura autorial, están los cuentos de Belgrano Rawson, ya que si bien es cierto que son creación literaria, tras ellos existe un proceso de recopilación de información que podría asimilarse al que se realiza para la elaboración de novelas históricas, pero que da como resultado una propuesta enunciativa reflexiva que se vale de lo compilado para “literaturizarlo”, es decir, ficcionaliza lo real y lo lleva al plano del constructo textual. Por el contenido del suplemento periodístico en el cual circularon estos relatos, se puede afirmar que la recopilación, en conjunto (entrevistas, testimonios, fotografías), sirvió como el gran paratexto para la elaboración de esta profunda propuesta escritural. Así, parte del proceso escritural consistió en “interpretar” estéticamente, por ejemplo, el contenido de dos fotografías obtenidas y remitirlas al interior de los textos, con lo cual la impronta autorial (si se considera el concepto, puesto que la figura autorial está remitida a la selección del material referente) incide directamente en la producción, y debido a esa estructura paratextual que enmarca los cuentos, la recepción de los textos también se ve mediatizada. Por esto, se puede realizar el siguiente ejercicio, en una suerte de réplica de la actividad realizada por Belgrano Rawson: revisar las fotos que aparecen a continuación y relacionarlas con dos relatos en que ambas imágenes parecen haber determinado el contenido del plano fictivo²:

² Las fotografías fueron obtenidas de la versión *on line* del suplemento referido.



“Lágrimas”. La lluvia empaña la vista en el cementerio de Darwin, ubicado en el lado este de la isla Soledad. Efecto logrado a partir de una toma realizada a través del vidrio de un automóvil (Crédito: Eduardo Longoni).

¿Habíamos ganado la guerra? Era una buena pregunta. Estaba en un cementerio argentino, en medio de las Malvinas. ¿No era como para pensarlo? Lejos de Stanley, quizá. Digo Stanley porque es lo primero que se me ocurre. Supongo que lo traigo desde la escuela. Para nosotros, Stanley era Malvinas. Puerto Argentino, en cambio, te recordaba a Galtieri. ¿Pero qué importaba ya? Podíamos decirles Falklands, si se nos daba la gana. [...] Luego empecé a oír ciertas voces, de la gente que cruza la pradera. Es un lugar tranquilo, que invita a las confidencias. He oído asombrosas revelaciones e incluso historias de amor. Pero nunca llegué a escuchar que hubiéramos ganado la guerra. (“Darwin”).



“*Historia*”. Pulóver devuelto por el conscripto argentino Miguel Savageen 2005 a una familia inglesa de Malvinas.

Lo había sacado de su casa abandonada durante la guerra. (Crédito: Eduardo Longoni).

Hace poco, John estuvo con uno de los soldados que andaban robando comida. Se trataba de Miguel Savage, que hoy vive en Venado Tuerto. Una noche, junto con seis argentinos, había bajado de Longdon. Luego de cruzar el río Murrell, llegaron a una granja vacía. Revolvieron el lugar y Miguel se llevó un pulóver. Sintió pena por sus dueños, pues la casa olía igual que la suya y él ardía en deseos de quedarse. Pensó en la paz del lugar y en lo insensato de todo. Cuando John lo conoció, muchos años más tarde, Miguel había vuelto a las islas para devolver el pulóver. (“La casa de John”).

El ejercicio propuesto resulta atractivo por varias razones: en primer lugar, devela el mecanismo de selección de información que sirve de antecedente de la creación literaria; en segundo lugar, manifiesta una reflexión acerca de cómo se debe disponer el aparato escritural (perspectiva, focalización, etc.) para dar con la finalidad pretendida desde el contexto autorial; en tercer lugar, y en esto se produce el diálogo con la novela de Fogwill, porque exhibe el grado de compromiso de la figura autorial con el plano fictivo y con el plano ficcional, aunque de una manera distinta: Fogwill se involucra desde la enunciación hacia el interior como sujeto, es decir, se “incluye” a sí mismo como parte del formato estructural del texto; en cambio, Belgrano Rawson se “diluye” en la voz narradora que además de relatar, reflexiona, pero que sigue vigente por toda la parafernalia paratextual que influye en la recepción. A ojos de buen lector, entonces, la figura autorial resulta determinante en la *intentio lectoris*, es decir, en la interpretación y en la comprensión cabal de estas dos obras.

Ahora bien, cabe instalar la reflexión a partir de dos problemáticas sugeridas por la naturaleza del corpus analizado: la ficcionalización del testimonio en la obra de Fogwill y los recuerdos/testimonios ficcionalizados en Belgrano Rawson. Aunque en apariencia resulta antitética la relación, la constante la da el proceso de friccionalidad al cual se ven sometidos estos constructos narrativos: en ambos se difuminan y difuminan los límites de lo literario e intrínsecamente se va generando una enunciación en la cual el concepto de memoria aparece: se pretende simular su construcción (Fogwill) y se utiliza como referente literaturizado (Belgrano Rawson). En síntesis, y por lo antes mencionado, la memoria, personificada en ambos autores en

cuanto sujetos, es conducida por los entramados tanto hacia afuera (en su seudocreación) y hacia adentro (en su literaturización).

Otro aspecto importante a considerar es la situación de la voz narradora en cuanto sujeto, es decir, cómo estos textos evidencian la presencia de individuos y/o voces alternas al desarrollo mismo del conflicto armado. La tradición literaria occidental plantea que la narrativa de guerra se centra en la enunciación producida al interior del discurso dominante, esto significa que quien narra es sujeto de uno de los bandos involucrados, sin importar qué tipo de relación dicotómica exista desde donde se enuncia: vencedor-vencido, agresor-defensor, entre otras, es decir, el discurso dominante (u oficial) considera, además, un plano oficial de enunciación. Acá existe la presencia de un “tercero”, un sujeto marginal respecto de las prácticas discursivas dominantes en los bandos en pugna: en Fogwill, esto se configura en “Quiquito”, soldado desertor del Ejército argentino (marginado y *marginalizado*) y en Belgrano Rawson, se corporiza en las voces de un traficante de armas, de un habitante de Malvinas y de un soldado argentino muerto y enterrado en un cementerio en el archipiélago. Son, evidentemente, distintos de las voces que relatan (por lo general, en primera persona) en la narrativa de guerra tradicional y logran, por lo mismo, configurar una perspectiva distinta del conflicto y de quienes participan en ella. Por esto, cuesta, desde el punto de vista valórico, identificar dónde se ubican “buenos” y “malos” en términos absolutos, debido a que los narradores no conducen la apreciación valórica del lector. Esto se aprecia en el siguiente extracto de *Los pichiciegos*:

¿Sabés lo que me gustaría? –preguntó, grabó–: Me gustaría tener una casita en el campo. De madera, con tejas, una mujer rubia petisita, de ojos claros, con chicos, que tejiera pulóveres, y tener perros, fumar en pipa mirando el fuego de las leñas y cada tanto ver por la ventana el campo, los animales, la nieve que cae, el mar cerca...

–Querés decir que querés ser un malvinero ... –me apresuré. Grabó:

–Anotá que sí ... Poné que me gustaría ser un malvinero y tener un de esas estancias enormes, vivir ahí, tener mujer, perro, todos rubios y fumar en pipa y mirar el pasto –cuando haya– sin que me vengan a joder los británicos ni los argentinos [...] (146).

Asimismo, cabe destacar cómo este “marginado” de la enunciación oficial, metafóricamente, es considerado y presentado como un espectro, un muerto, para el resto de los personajes:

[...] la mayoría de los pichis eran dados por muertos de la tropa (más de uno habrá enterrado a alguien y por asco de toquetearle entre la ropa buscando la identificación habrá dicho el nombre de algún soldado que faltaba), cuando alguno de los que seguían peleando cruzaba a un pichi conocido que iba a cambiar algo con Intendencia, decía que había visto a un muerto engordado y con barba, y entonces todos soñaban que los pichis eran muertos que habían engordando comiendo tierra debajo de la tierra. (85).

Una situación similar se observa en Belgrano Rawson, en especial en su cuento “Darwin”, en el cual, como se mencionó hay un soldado fallecido que se hace cargo de la narración. Esto es significativo, sobre todo dentro del contexto de enunciación desde el cual se manifiesta el relato: es la voz silenciada que da cuenta, a modo de una memoria acallada, de lo acontecido durante el conflicto, pero, por encima de todo, de los que fueron olvidados luego del fin de la guerra:

Esta mañana no vino nadie. Llovió y paró varias veces. El agua borra los epitafios, que resurgen al secarse. Es la contra del mármol. Por lo demás, todo bien. Uno podría objetar el color del mármol o la vista al Sur o el hecho de haberse muerto. Supongo que en este rubro nadie termina conforme, sobre todo cuando es un soldado desconocido. No deja de ser irónico.

[...]

La última imagen que tengo de la batalla son los ingleses surgiendo de la niebla amarga. Están identificando a sus muertos. Ahora reina el silencio. Yo los veo desde el filo del pozo, donde me llevó la fuerza de la explosión. Seré el último en irme. Veníamos de una noche diabólica, que había empezado cuando los cañones de las fragatas inflamaron el escenario. El cielo se cubrió de explosiones y proyectiles trazantes. Todo era un infierno de gritos, en argentino e inglés. Los idiomas se fundían en una gritería universal. Cada tanto alguna bengala alumbraba todo. Yo llegué a vomitar de miedo. ¿Por qué peleamos hasta lo último? Sólo puedo hablar por mí. Luché por no defraudar a mis compañeros. Pero también porque los ingleses nos caerían encima tan pronto dejáramos de disparar. Llegaban a la boca del pozo y te ametrallaban sin asco. (“Darwin”).

Así, se aprecia de qué manera en ambas obras (así como en textos posteriores en los cuales se abordará la temática de la guerra, por ejemplo, *A sus plantas rendido un león*, de Osvaldo Soriano) se pretende reflexionar sobre los excluidos del conflicto, pero no porque no hayan participado en él, sino que por no haber sido considerados en el discurso que aborda, historiográficamente, el conflicto: la historia, cuando se enfoca desde lo macro (un conflicto de cierta relevancia internacional y muy trascendental en términos políticos, por sus consecuencias) debe discriminar qué aspectos serán importantes de abordar y cuáles podrán entregar un marco discursivo coherente y que explique los acontecimientos; así también, los personajes que incluya deben ser pertinentes a la enunciación y, por ende, funcionales al contenido. Por eso, los pichis o los personajes sobre los cuales trabaja Belgrano Rawson son los excluidos del discurso, los marginados, puesto que representan un punto de enunciación “otro” que no permite que el mecanismo discursivo de lo histórico exhiba el carácter homogéneo y causalista a través del cual se interpretan los acontecimientos en general.

La aparición de estos sujetos provoca, por ende, la ruptura en la lógica interna del discurso nacional(ista) en el cual se basó la dictadura de Galtieri para llevar a cabo una guerra que “recreara” el sentido pertenencia que da paso a la identidad nacional. De hecho, el discurso de recuperación de las islas (gran megarrelato dentro del que se articulan los subdiscursos triunfalistas y derrotistas posteriores al conflicto) se ve interrumpido y puesto en entredicho por estos sujetos, quienes, desde su lógica discursiva, no son funcionales para la gramática preparada por lo Oficial: ponen en duda la motivación individual por participar en la guerra, dan cuenta del sinsentido extremo al cual se llega, reflexionan sobre lo ocurrido posteriormente a aquellos que estuvieron en Malvinas, manifiestan la realidad malvinense pre-conflicto, entre otros aspectos a los cuales va llegando el lector, y, a su vez, sirviendo de registro testimonial-fictivo de experiencias adláteres a los hechos de los cuales da cuenta la oficialidad.

Es, en cierta medida, la participación de sujetos como estos lo que marca un punto de partida a una narrativa que reflexiona y cuestiona, incluso forzando los lindes de lo literario, en textos que desarrollan las mismas estrategias discursivas para reactualizar en cada lectura no solo

el conflicto, sino también las maneras en las cuales este puede ser “textualizado”: ficcionalizando lo testimonial o convirtiendo en un “simulacro de testimonio” lo fictivo.

Conclusión

Luego de haber analizado ambos textos, cabe una reflexión que engloba los dos aspectos tratados, tanto el de la presencia de la figura autorial como el de la característica de los sujetos presentes en las obras –y que, además, podría extenderse hacia otros ámbitos interesantes: la deconstrucción del discurso nacional(ista) moderno, la manifestación de una fragmentariedad posmoderna en la configuración del plano fictivo, entre otros–, relacionada con la verdadera naturaleza escritural de los relatos. Esto, debido a que pareciera existir la necesidad de entender el conflicto no exclusivamente desde lo narrativo, sino que también a partir de la sensibilidad del autor y del grado de compromiso que este desarrolla con la enunciación. De esta manera, el contexto sociocultural de producción invade el plano textual y provoca una hibridación que repercute en la intención textual y, por ende, en la intención lectora.

Si esto es así en este caso, ¿qué ocurre con la producción literaria posterior a un conflicto armado, entre naciones o interno, y con la necesidad y/o compromiso autorial? Al revisar otras obras que componen el corpus narrativo post-Malvinas, la sensación es similar: hay, detrás de la ficción, elementos, estrategias y/o dispositivos que evidencian la intromisión del autor para abordar el contenido. No solo eso: existe la necesidad de plantearse la realidad nacional a partir de lo enunciado y de reactualizar lo ocurrido en búsqueda de su asimilación. ¿Acaso hay técnicas narrativas que, junto con deconstruir, precisamente, lo narrativo, puedan desarrollar mecanismos de resiliencia y de aceptación y superación de lo ocurrido? La respuesta parece ser negativa, quizás como lo expresa el mismo Fogwill a través de la voz de “Quiquito”, el cual se pregunta quiénes deben someterse a rehabilitación, los que fueron a las Malvinas o los que se quedaron; sin embargo, esta deconstrucción de lo narrativo como exclusivo territorio de lo fictivo parece plantear que el conflicto está vivo y que sigue siendo referente propicio.

Insistimos en que la dificultad para considerar estos textos como únicamente literarios no radica en que su estructura fictiva sea difícil de reelaborar como ejercicio interpretativo, sino en que se planteen como ejercicios escriturales que abren la posibilidad a la necesidad del autor de “participar” en los acontecimientos narrados. Además, devela la capacidad del lenguaje para evidenciar, en casos como este, una de sus máximas cualidades: la de “registrar” y de “reactualizar” el devenir del hombre, con todo lo que esto puede conllevar.

Bibliografía

Bibliografía primaria

Belgrano Rawson, Eduardo. “El misil”, “La casa de John” y “Darwin”. Publicados en un suplemento especial en conmemoración a los 25 años del comienzo de la Guerra de las Malvinas. *Clarín* 2 de abril 2007. <<http://edant.clarin.com/suplementos/especiales/2007/04/02/1-01392034.htm>>.

Fogwill, Rodolfo. *Los pichiciegos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1994.

Bibliografía secundaria

Augé, Marc. *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2004.

Blanco, Óscar et al. “Trashumantes de neblina, no las hemos de encontrar. De cómo la literatura argentina cuenta la Guerra de las Malvinas”. *Revista Espacios* 13 (1994): 82-86.

De Mussy, Luis G., y Miguel Valderrama. *Historiografía postmoderna. Conceptos, figuras, manifiestos*. Santiago de Chile: Universidad FinisTerra/RIL Editores, 2010.

Delmaroni, Miguel. *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina. 1960-2002*. Santiago de Chile: RIL Editores, 2004.

Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets Editores, 1980.

Guzzante, Mariana. “Había una vez unas islas ...”. *Los Andes* 2 de abril 2011. <<http://www.losandes.com.ar/notas/2011/4/2/habia-unas-islas...-559699.asp>>.

Kohan, Martín. “Fogwill, en pose de combate”. *El Clarín* 25 de marzo 2009. <<http://www.clarin.com/suplementos/cultura/2006/03/25/u01163931.htm>>.

Molina, María Elena. “Guerra de las Malvinas: la literatura argentina y el desafío de la autocrítica”. *Espéculo. Revista de estudios literarios* 39 (2008). <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero39/malvinas.html>>.

Pósleman, Cristina. “La novela histórica argentina del siglo XX y la escritura de guerra”. Tesis para obtener el grado de Magíster en Axiología y Filosofía Política. Santiago de Chile: Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2001.

Sarlo, Beatriz. “Fogwill: No olvidar la guerra. Sobre cine, literatura e historia”. *Revista Punto de Vista* 49 (1994): 11-15. <<http://www.fogwill.com.ar/critsarl.html>>.

Todorov, Tzvetan. *Nosotros y los otros*. México, D.F.: Editorial Siglo XXI, 1991.

White, Hayden. *Metahistoria*. México DF: Editorial Fondo de Cultura Económica, 1992.